Hay indicios de una carrera armamentista en América Latina

Oscar Raúl Cardoso  
Buenos Aires, Argentina

Apenas en febrero de este año José Sarney -ex presidente del Brasil y actual senador aliado al oficialismo- acusó públicamente al venezolano Hugo Chávez de iniciar "una carrera armamentista en América Latina" con su decisión de modernizar la estructura militar de su país. "El populismo militarista de Chávez obligará a Brasil a rearmarse", agregó amenazante Sarney, quien gobernó Brasil entre 1985 y 1990.

En aquel momento, los gobiernos, tanto en Brasilia como en Caracas, prefirieron no alimentar la controversia y dejaron que las palabras de Sarney murieran con su eco. Pero aun así resultó imposible de ignorar que la acusación del brasileño resultó un calco de la posición más agresiva de Estados Unidos, cuyo gobierno republicano no solo mantiene la misma tesis, sino que a lo largo de los pasados dos años ha intentado por diversos medios evitar que naciones europeas como España se conviertan en proveedores bélicos de Venezuela.

Habrá que ver a fines de este mes, cuando Chávez visite a Vladimir Putin en Moscú, cómo reaccionan esos críticos si, como todo indica, a la lista de compras de ferretería militar venezolana, que ya incluye desde aviones de combate hasta fusiles Kalashnikov (100.000), se suma ahora una orden por nueve submarinos de las clases 636 (tipo Kilo, cinco) y 677 (tipo Amir, cuatro en una segunda etapa).

Washington ya hizo saber que considera estas naves (especialmente las más modernas de la clase Amir) como una amenaza directa a la navegabilidad segura de sus propios buques -civiles y militares- en el Atlántico sur. Especialmente los sumergibles del tipo Amir, que tienen una autonomía de navegación de 6.000 millas náuticas sin reabastecimiento.

La alarma está destinada a crecer, sobre todo en un marco en el cual Estados Unidos, sus aliados europeos y asiáticos, por un lado, y Rusia y China, por otro, parecen deslizarse hacia su propia y renovada carrera armamentista, y naciones como Irán continúan empeñadas en desafiar los intentos por detener su programa nuclear. Poco antes de la más reciente reunión del Grupo de los Ocho (los países industrializados) George W. Bush y Putin intercambiaron en Inglaterra frases sobre proyectos militares que trajeron de regreso los vientos gélidos de la guerra fría.

Bush quiere montar un sistema de defensa antimisilístico en la República Checa -aduciendo el peligro en ciernes de nuevos estados nucleares como Irán- y Putin sostiene que si esto sucede a Moscú no le quedaría otro remedio que volver a apuntar sus propios misiles hacia blancos europeos y, en el caso de los intercontinentales, estadounidenses. Ambos países cuentan aún, en conjunto, con una decena de miles de cabezas nucleares por lo menos.

Lo cierto es que la "posguerra fría" de los 90 y muchas de sus promesas pacificadoras -como la de los hoy casi olvidados "dividendos de la paz" que vendrían para invertir en desarrollo económico y programas sociales, o las del paulatino desarme de los antiguos contendores- están en crisis o a punto de ingresar en ese estado. El ex presidente socialista del Gobierno español Felipe González aludió ya a una "inútil carrera armamentista" en marcha, responsabilizando principalmente a Washington por la escalada en un reciente ensayo.

Las cifras parecen darle la razón. A mediados de este mes el Instituto Internacional de Investigaciones para la Paz (SIPRI son sus siglas en inglés) con sede en Estocolmo reveló que el gasto militar mundial creció un 3,5% entre 2006 y 2007, superando largamente el billón de dólares. El 46% (528.700 millones de dólares) de este total fue producto de la inversión de Estados Unidos en el rubro defensa.

El SIPRI, una de las voces más respetadas en cuestiones de paz y guerra, pronosticó que la tendencia se mantendría "mientras el país del mundo que más gasta en armas siga en guerra", alusión a los conflictos que tiene abiertos Washington en el Asia (Irak y Afganistán).

¿Pero es posible rastrear esta misma tendencia a América Latina, la región del mundo cuyos países son, en toda estadística, los que menos proporción de su producto bruto destinan al gasto militar? (1.4% de su PB combinado) Y, en todo caso, ¿cuánto hay de posibilidad que una carrera armamentista llegue hasta su final, esto es el conflicto intraestatal o interestatal?

Veamos algunos enfoques. Otro estudio importante, el que en abril pasado publicó el Real Instituto El Cano de Estudios Internacionales y Estratégicos (RIECEIE), sugirió que aquella carrera ya había llegado a las playas latinoamericanas. "En los pasados dos años -sostuvo el texto-, algunos países latinoamericanos, liderados por Venezuela, han incrementado notablemente su gasto militar. La pregunta es ahora es si esto es un proceso de rearme y una posible carrera armamentista o si se trata simplemente del reemplazo de equipo obsoleto".

El estudio apuntó que algunos de los proyectos "como en Chile y Venezuela, por ejemplo, son muy ambiciosos y comprenden equipo militar muy moderno. Algunos analistas y observadores -advirtió- temen que estos sean los primeros pasos de una auténtica carrera armamentista en la región". Con datos compilados de varias fuentes, el RIECEIE pone a Chile y Venezuela al frente de ese gasto en el año 2005 con 2.700 millones de dólares y 2.200 millones de la misma moneda respectivamente. Brasil sigue en el ranking con 1.300 millones de dólares. En el otro extremo de la nómina aparece la Argentina con apenas 80 millones de dólares.

Conviene hacer aquí una salvedad. Así como los "dividendos para la paz" nunca se materializaron, en el Cono Sur parecen estar agotándose los días de tener atrapadas por el gañote presupuestario a las fuerzas armadas, una política que se impusieron las nuevas democracias que comenzaron a emerger desde fines de los 70.

Asfixiar las demandas económicas fue, junto con los avances en acuerdos de integración y construcción de confianza mutua, una forma eficiente de reducir drásticamente la injerencia de los uniformados en la política doméstica. Los acuerdos argentino-brasileños de mediados de los 80, la solución de diferendos fronterizos entre Chile y la Argentina y la progresiva reducción del conflicto por las islas Malvinas en la política doméstica abonaron ese curso.

Actualmente, Perú está siguiendo el mismo modelo con Chile. El canciller peruano, Allan Wagner, declaró hace poco en Buenos Aires que, basado en el ejemplo argentino, su gobierno está intentado construir medidas de confianza con Chile, país con el que mantiene una disputa por límites marítimos.

Pero todo, hasta las mejores intenciones, tiene su límite. Por ejemplo, la Argentina pagó por aquellas políticas un precio casi intolerable: la vulnerabilidad de una estructura de defensa que está hoy quizás en su punto histórico más bajo de capacidad de respuesta. Recientemente, el Gobierno debió asignar de urgencia 270 millones de dólares adicionales a las fuerzas armadas en las que los marinos casi ni navegan, los pilotos vuelan escasas horas y los blindados casi ni ruedan.

América Latina no ha visto guerras en su espacio durante los pasados 22 años -la más reciente la libraron Perú y Ecuador por la Cordillera del Cóndor-, y todas las que ha conocido han sido de desarrollo relativamente breve. Siempre han operado -algunas veces con antelación, como en el caso de la cuasi guerra entre Chile y Argentina por las islas del canal de Beagle en 1978- mecanismos regionales y extra regionales de contención.

Pero la realidad es que no conviene apreciar el futuro de la paz en la región sólo desde la perspectiva de la historia. Por ejemplo, si los diferendos de límites entre naciones han perdido buena parte de su peso como *casus belli*, otros factores difíciles de predecir -las crisis energéticas y ambientales, por ejemplo- parecen estar incorporándose a la lista de amenazas. ¿Quién puede decir con certeza que cualquier carrera armamentista no cabalgará sobre estos nuevos conflictos para llegar a su aborrecible meta?